

## **Discurso de toma de posesión de la presidencia de la Academia** **Venezolana de la Lengua**

Caracas, junio 08, 2015

Señoras, señores

La Academia Venezolana de la Lengua inicia hoy, como un eslabón más en su centenaria tradición, una nueva etapa, esta vez de actualización y renovado aliento. Como en todo proceso histórico, habrá cambios y continuidades, innovaciones y, necesariamente, para abreviar en el manantial del origen, recuperación de gestos y procedimientos. No se trata de un barco perdido en mitad del océano dando vueltas, sin el hilo de Teseo, en sus propias y autogratificantes derivas, sino redefiniéndose para navegar sea en aguas turbulentas, sea en calmas promisorias o angustiantes, con la posibilidad incluso de entrar a ríos y lagos para apertrecharse de agua dulce y refrescos, como se decía en el siglo XVI.

Anhelamos un período de refrescamiento para nuestra corporación. Hace más de una década llegaron aires nuevos a estos muros pluriseculares que albergan a las academias y, la más antigua, correspondiente de la tricentenaria Real Española, se empezó a adecuar al entonces naciente siglo. Hoy, sin más dilación, quiere incorporarse con fuerza a los modos iniciales del nuevo milenio, a las realidades del siglo que nos toca construir, a los retos de un país que reclama de todos sus hijos y de todas sus instituciones voluntad de servicio y decisión para afrontarla.

No por lo solemne de sus actos, como quiere el ceremonial académico, debe interpretarse a la Academia Venezolana de la Lengua como acartonada ni desentendida de las realidades que, más allá de este parainfo y de los vetustos muros franciscanos que resguardan la tradición intelectual del país, nos convocan, nos esperan, nos demandan casi, en la Venezuela que palpita --y no comienza-- allí mismo a la sombra de la ceiba cercana y sigue latiendo por todas las regiones y comunidades del territorio venezolano.

Nodo y no isla, la Academia Venezolana de la Lengua proclama con énfasis su ferviente deseo de profundizar relaciones con instituciones hermanas como las academias nacionales, las universidades, las instituciones culturales así como con los organismos gubernamentales y todas aquellas corporaciones o personas de buena y voluntad que ponen sus mejores esfuerzos en el porvenir de este país y de los países hermanos. Trascontinente y no archipiélago, nuestra Academia y sus consocias de la Asociación de Academias de la Lengua Española deben mirar y, quieren hacerlo, desde la amplia óptica del lenguaje, la lengua y las manifestaciones literarias, a la trascendencia de su accionar colectivo.

De igual manera debe y quiere hacerlo nuestra Academia en el contexto venezolano, sus regiones y localidades. Ha llegado un tiempo de renovación profunda y de realizaciones visibles, que darán continuidad a varios años de trabajo sostenido, en particular de la junta directiva que concluye su gestión de dos períodos estatutarios.

En nombre de la corporación quiero agradecer a todos los presentes que han acogido nuestra invitación para este acto inaugural de una etapa académica que vislumbramos plena de realizaciones, a pesar de las muchas dificultades y estrecheces de la corporación.

Nodo y no Isla, repito, la Academia Venezolana de la Lengua tiende su mano, franquea sus puertas y abre su corazón al país todo y diverso que tenemos, a las instituciones, gubernamentales o no, que lo representan y constituyen, a los expertos, creadores y orfebres de la palabra y a todas las personas y colectivos que, sumándose, multiplican nuestro país. No son palabras vanas de un discurso de ocasión. No. Como presidente recién juramentado de esta academia, le reabro sus puertas al país, a esa Venezuela multiforme, pluriétnica, multicultural, multilingüística y pluridialectal, a ese complejo y diverso país que aspiramos interpretar para ayudar, preservando su memoria, estimulando sus creaciones, contribuyendo a describir y a fortalecer el potente vínculo que nos une fronteras adentro y nos iguala y hermana en la gran comunidad hispanohablante del mundo.

Decirle nueva a una vieja corporación podría parecer un discurso miope que en el continente americano tiene resonancias coloniales, pero no creo exagerar al decir que una vieja nueva Academia ha nacido en los últimos años y hoy no tiene empacho alguno en reconocerse y asumirse como tal. Lo viejo no es lo inservible sino abolengo y raigambre. Lo nuevo no es alteración radical ni destrucción violenta, sino renovación de la herencia constitutiva del pasado. Lo viejo y lo nuevo, en esta coyuntura de la Academia Venezolana de la Lengua, no son más que el futuro de la tradición. Esa es la tarea que anima los dos proyectos principales de nuestra institución: la reforma del estatuto y los reglamentos y la renovación de su visibilidad y compromiso ante el país y el mundo. Cambiar, adecuándose al siglo XXI, para garantizar el porvenir de la común y diversa heredad sociocultural, lingüística y literaria que hemos de acrecentar como legado a las nuevas generaciones.

La Academia, que es la sumatoria dinámica de sus miembros honorarios, numerarios y correspondientes y de sus colaboradores, no podrá nunca acometer sola esa tarea. Es una labor común, de instituciones e individuos, que se suman a ello y se confunden sin distingos odiosos.

Gracias por acompañarnos y aceptar ser a partir de ahora no solo nuestros invitados, sino nuestros aliados. Nodos, no islas, reitero.

Don Francisco Javier Pérez Hernández,

individuo de número, vitalicio como sus pares, y presidente saliente de la corporación

Permítame agradecerle en nombre de la Academia Venezolana de la Lengua sus desvelos como presidente y antes como vicepresidente. Su laboriosidad, su sapiencia y su empeño en proyectar la Academia dentro de Venezuela, especialmente mediante las publicaciones, y en el ámbito de la ASALE no han sido ni serán en vano. Su ejemplo y solidez intelectual han de guiarnos.

Este reconocimiento también se hace extensivo a don Luis Barrera Linares quien, durante los últimos años, desempeñó de manera muy digna la vicepresidencia de la Academia. A ustedes, don Francisco Javier y don Luis, nuestro agradecimiento y, en ustedes, el agradecimiento a toda la directiva que hoy cesa en sus funciones.

Señores invitados

Permitan que, ahora, incluyéndolos a ustedes en este ejercicio dialógico, dirija unas palabras especiales a mis colegas académicos como reflexión inicial de esta nueva directiva.

Señor decano de la corporación  
Señor vicepresidente  
Señores miembros de la directiva  
Académicos todos, mis queridos colegas  
Señoras y señores

Nunca está de más reiterar las cosas sabidas porque ellas, parafraseando al gran Cecilio Acosta, engendran las cosas por saberse. El sabio de Los Altos puede ser, precisamente en este momento, un claro ejemplo de civilidad y de continuidad de la tradición.

La Academia Venezolana de la Lengua debe, en mi opinión, cumplir cuatro grandes funciones de las que se derivan otras muchas tareas y actividades específicas. Dos de esas grandes funciones corresponden al ámbito venezolano. Las otras dos lo trascienden y se proyectan no solo a la cada vez más amplia comunidad hispanohablante sino al mundo globalizado, pero que ha de ser universal.

Funciones internas



La primera gran función, llamémosla interna, tiene que ver con la tradición, su salvaguarda, transmisión y enriquecimiento. La Academia a lo largo de su historia, mediante publicaciones (como, muy especialmente, la colección “Clásicos Venezolanos”), actividades de diversa índole e incluso los diálogos que a diario tienen sus miembros, sin olvidar la continuidad de la sucesión de los individuos de número y miembros correspondientes (expresada en el orden de antigüedad que encabezan el decano y el vicedecano del cuerpo), tanto de manera escrita como oral, mantienen la tradición y la transmiten a las nuevas generaciones. Cabría preguntarse, al invocar como un principio constituyente del país su diversidad sociocultural y lingüística, y sus variados valores regionales, si debemos hablar en singular de una sola y única tradición. En realidad, al hablar en singular estamos empleando un sentido amplio y absoluto. La tradición no es más que la sumatoria de muchas tradiciones. En este caso, resaltan las relativas a la identidad, los imaginarios, la literatura (oral o escrita, popular o “cult”), y las realizaciones idiomáticas que han acompañado y forjado el proceso de fundación y consolidación del estado nacional venezolano, ese complejo proceso de armonización, de encuentros y desencuentros, de identidades regionales y locales que, en suma, hacen a Venezuela: un país de muchos rostros y una identidad abigarrada y much

as veces contrastante. La Academia Venezolana de la Lengua tiene, como función fundamental, servir de bisagra y puente entre las tradiciones del país, su preservación y su inserción en la construcción del futuro colectivo de todos los venezolanos, sin distingos de ninguna naturaleza.

La otra gran función interna de la Academia es la relativa a los estudios lingüísticos y literarios del país. En especial, resaltan los referidos a la dialectología venezolana, a las realizaciones de la lengua española en el país, su natural evolución e influencias, su relación con otras lenguas y variedades lingüísticas habladas en Venezuela (como los idiomas indígenas, las lenguas coteritoriales y otras variedades lingüísticas).

En el campo sociolingüístico, Venezuela se enfrenta a una situación cada vez más preocupante: una posible estratificación lingüística entre una variedad formal de la lengua y otra subestándar. Pudiéramos estar frente a un caso de diglosia o uso diferencial de dos variedades de la lengua. Esas variedades podrían distanciarse mucho y constituir, luego, un obstáculo importante para la educación formal, la inserción paritaria de determinados grupos y la superación de inequidades. La profunda crisis socioeconómica y política que vive nuestro país tiene un componente sociolingüístico que con frecuencia pasa desapercibido. Ejemplos de ellos son la extensión del uso del verbo “ser” en vez del auxiliar “haber” (en “fuera estado” por “hubiera estado”), o la confusión de la morfología verbal de la primera persona del plural con la forma contracta del pronombre de la misma persona “nos”: “íbanos” por “íbamos”; o la personalización del verbo haber cuando indica existencia en todos los tiempos verbales y no solo en el pretérito (habrán, han habido, hemos y no solo hubieron); la confusión de los fonos líquidos (r y l); y el uso de formas

no normativas (haiga). No lo señalo con propósitos puristas, sino más bien sociales. Estamos frente a un gran reto socioeducativo y de planificación lingüística. La Academia no puede ser ajena a este tipo de retos ni desentenderse de estas situaciones. Obviamente no es su responsabilidad o competencia directa lograr las soluciones, pero tiene la capacidad y, sobre todo, la autoridad moral e intelectual para guiar y orientar procesos de generación, por parte del Estado, de una política lingüística orientada a la superación de desigualdades y la facilitación de oportunidades de superación lingüística y socioeconómica.

Se trata de una labor ductora, no basada en la gramática normativa obviamente ni en el purismo como criterio de acción, sino en la orientación acerca del uso más eficiente de la lengua española. Obviamente, recalco, no es tarea de la Academia Venezolana de la Lengua, ni está dentro de sus reales posibilidades, solucionar dicha problemática. Pero sí, en cambio, puede influir en ello mediante dos mecanismos: la promoción de estudios sobre la temática y aumentando su visibilidad social de manera que su voz orientadora pueda hacerse escuchar de forma más nítida y contundente. La Academia no puede cerrarse en sí misma y dejar de lado una realidad tan angustiante y potencialmente tan erosiva de la tranquilidad y el bienestar social de las grandes mayorías del país. No hay torre de marfil posible. El país nos está llamando y debemos acudir prestos como parte de la responsabilidad social de la institución. Con frecuencia se ha invocado la idea de “llevar la Academia a la calle”. Así como la calle debe llegar también a la Academia, la Academia debe transitar por las calles no con un tono chabacano o una actitud populista sino tratando de entender las realidades lingüísticas y sociolingüísticas que subyacen, en este momento, la profunda crisis social del país y aportando ideas o contribuciones “académicas”, en el sentido de productos amparados por la calidad que debe garantizar la corporación.

Debemos, pues, ser lo más creativos en este sentido. Es necesario llegar hasta los estratos sociales menos favorecidos e incidir en la optimización del uso del español como la lengua mayoritaria del país. Si no, los problemas que hoy observamos se acrecentarán y no habrá solución a injustas situaciones de opresión social e inequidades. En este sentido insisto que no podemos ser una institución ni autorreferente, ni proyectada solamente sobre las élites intelectuales así como tampoco prejuiciada por las actitudes de un pasado que, colectivamente, nos desbordó. Creo que ese es el sentido profundo de adecuar la Academia al siglo XXI y a las nuevas realidades.

Interpretando el deseo mayoritario de sus miembros, la Academia Venezolana de la Lengua, en esta nueva etapa de su historia institucional, está empeñada en profundizar su rol ductor, formativo y de divulgación. Nodo y no isla, se suma a un trabajo colectivo con su experiencia más que centenaria.

Funciones externas

La primera función externa de la Academia Venezolana de la Lengua, en su calidad de correspondiente de la Real Española y como miembro pleno de la Asociación de Academias de la Lengua Española, junto a las academias hermanas de los otros países hispanohablantes, es colaborar con los proyectos de descripción y análisis de la lengua, englobados bajo el nombre de “política panhispánica”. Se trata del propósito de la ASALE de impulsar en conjunto todas las academias de la lengua española la elaboración de las obras referenciales de la lengua, como la gramática y los diccionarios. Cada academia particular debe contribuir activamente tanto a lograr que las variedades de español del país respectivo queden debidamente registradas y analizadas como a aportar sus opiniones y ponderaciones sobre las obras conjuntas.

Es importante subrayar, al menos, dos aspectos. El primero de ellos es el criterio panhispánico propiamente dicho que valora de manera similar las distintas variedades regionales del español sin presuponer la adopción de normas a partir de una única variedad, asumida como *culta*. El segundo es la posibilidad de que cada Academia actúe como nodo de una red más amplia de estudio y análisis de la lengua, posibilitándose incluso así la constitución de regiones académicas conformadas por academias de países cercanos geográficamente y, por ende, con mayores lazos culturales, sociales y lingüísticos.

La segunda función externa no solo de la Academia Venezolana de la Lengua sino de sus similares tiene, a mi juicio, algo de utopía, lo que le confiere un hálito de vida y una inspiración creadora, y una posibilidad real de incidir en el mundo moderno. Se trata de potenciar y consolidar el uso universal del idioma español como uno de los códigos lingüísticos más utilizados, al menos en el hemisferio occidental. Si la primera gran función externa es de tipo lingüístico, esta lo es de carácter político y sociolingüístico.

Para que el mundo sea verdaderamente multipolar ha de ser también efectivamente universal en su vocación y positiva decisión de reconocer y valorar todas las sociedades, culturas e idiomas, más allá de una mera concepción globalizada de relaciones comerciales y de comunicaciones muchas veces subordinadas a estas. En un mundo multipolar y, a la vez, universal, el español está llamado a ser una de las lenguas más empleadas y difundidas. ¿No es acaso la lengua que migra con los centroamericanos que viajan más allá de las fronteras mexicanas? ¿O de los sudamericanos que se emplean como mano de obra relativamente barata en Europa? ¿O de tantos latinoamericanos que, muchos de ellos con una excelente formación universitaria o, al menos, escolar, viajan esperanzados fuera de sus países de origen a buscar mejores condiciones económicas o, paradójicamente, aceptación social y libertades plenas? Los Estados Unidos de América, la gran potencia anglófona, resguardan dentro de sus fronteras probablemente la segunda comunidad hispanohablante más grande del mundo, después de la mexicana, que es su coteritorial.

El español parece una de las lenguas más promisorias del futuro, a juzgar por la cantidad de países en los que es lengua oficial o mayoritaria. Al menos 22, incluyendo a Puerto Rico



que no es un estado plenamente independiente, a Guinea Ecuatorial, donde está próxima a establecerse una Academia de la Lengua Española, y a Filipinas, donde el español requiere de una revitalización. Excluimos en esta cuenta a los Estados Unidos donde el español, si bien no es la lengua mayoritaria, tiene una creciente importancia. Canadá, Australia, Suiza y el Sahara Occidental, entre otros países y regiones, también cuentan con amplias comunidades hispanohablantes.

La propuesta de reforzar el español como una lengua *universal*, requiere sin embargo de algunas precisiones. No se propone como un código imperial tal cual lo fue, por ejemplo, en América en los siglos XVI y XVII, avasallante y excluyente causando no solo etnocidios lamentables sino, como parte de ello, linguocidios ya irreparables. Más bien la visualizo como un idioma *liberador* que apalanque el uso de otros idiomas y variedades lingüísticas que existen en los países iberoamericanos como los idiomas indígenas y los idiomas que se hablan en España (como el català, el galego y el euskera, para solo nombrar tres de ellos). El español, sobre todo en el caso de las lengua neo-grafas, disculpen el neologismo, puede convertirse en un respaldo para la transmisión de herramientas que ayuden a su hablantes a empoderarse y a capacitarse para lograr, a su vez, una consolidación lingüística, la revitalización de sus idiomas, si fuera el caso, la ampliación de léxico y el complejo paso de una lengua oral a un idioma escrito sin que sufra de procesos de obsolescencia o de pérdida de vitalidad.

Ese destino universal que le auguro al español lo veo ligado también al del portugués y a la constitución de una gran comunidad iberoamericana que, a partir de la similitud de condiciones de sus comunidades lingüísticas en Europa y América, pero también en África y Asia, y la relativa facilidad para la intercomunicación oral (aunque sea a través del portuñol) y de lectura pueda, desde una perspectiva transiberoamericana y verdaderamente universal, constituirse en un polo geopolítico dentro de un mundo multipolar. Esta es la gran función externa de las Academias de la Lengua Española: impulsar el uso universal del español. Y cada Academia en su país, con las particularidades propias, debe impulsar esta tendencia. En Venezuela no ha sido fácil luchar con la ideología anglófila que asume que el inglés y las revistas científicas norteamericanas y europeas son no solo los mejores sino los únicos espacios idóneos para la divulgación de las investigaciones y los trabajos científicos. Por supuesto, esto exige a los países hispanohablantes crear o reforzar espacios adecuados para tales fines mediante el fortalecimiento de los sistemas regionales de indexación, en el caso de las publicaciones académicas. Poco habría que decir al respecto de las creaciones literarias en español que ocupan un sitio de honor en las letras universales.

Una síntesis

Podrían parecer pesadas las cargas para una institución como la Academia Venezolana de la Lengua, con escasos recursos materiales y tantas funciones fundamentales, así internas como externas, y tareas específicas que se derivan de dichas funciones. He querido empezar estas palabras con la reiteración de una idea (“nodo y no isla”), que junto a las nociones de “región” y “comunidad lingüística,” pudiera traducirse como “transcontinente y no simple archipiélago”. Estas ideas nos pueden dibujar las características del marco ideal para desarrollar tales funciones fundamentales y tareas específicas.

Por ello hemos querido que esta ceremonia de juramentación de una nueva junta directiva sea ocasión propicia para el encuentro de personas, instituciones y hasta de países para iniciar la construcción de una gran red de colaboración interpersonal e interinstitucional, dentro y fuera de Venezuela, para que la Academia Venezolana de la Lengua reafirme su papel de institución centenaria preparada y con los avíos intelectuales, axiológicos y emotivos necesarios para ocupar el sitio no solo de honor sino de acción que requiere la Venezuela que nos espera más allá de estos venerables muros académicos y frente a los fundamentalismos y actitudes egoístas, soberbias en muchos sentidos y poco conciliadoras en tantos otros, que hacen del mundo en estos momentos no solo un polvorín sino un escenario poco iluminado por la verdadera luz de la justicia social. Esas tendencias plantean serias interrogantes y complejos retos a las distintas *humanidades* u horizontes civilizatorios que conviven o intentan hacerlo en este planeta.

Nuestro papel, como analistas y usuarios privilegiados del lenguaje (siendo el lenguaje, en general, y los lenguajes verbales, en particular, un hecho social), es contribuir, desde nuestra posición, mediante recursos y logros lingüísticos y literarios, al advenimiento de un mundo más solidario y comprensivo, más tolerante y menos anti humano o potencialmente suicida.

Las palabras fundan, crean y recrean el mundo. Lo matizan, lo concretan y explican. De allí la importancia social de los idiomas. La literatura, sublime expresión idiomática, permite, en sus muchos modos y formas de expresión, soñar, reconstruir el mundo, ofrecer otros universos, incluso paralelos, y alumbrar las utopías y proyectos históricos. Allí radica parte de la importancia social de la literatura. Tradiciones lingüísticas y literarias se complementan para fundamentar el porvenir. Volvemos, entonces, a las razones de ser y existir de esta Academia Venezolana de la Lengua, de los miembros que la integramos y de los colegas de otras academias e instituciones hermanas.

En pocas palabras creo haber sintetizado la pertinencia de esta institución y la necesidad de establecer lazos de colaboración con otras instituciones que buscan, cada una en su campo y desde su dimensión corporativa, fines similares a los que aspira la Academia Venezolana de la Lengua.



Bienvenido sea este tiempo de renovación y actualización institucional. Y quiera Dios darnos las luces y las fuerzas necesarias para vivirlo a plenitud.

Muchas gracias.

